



La luz eléctrica

Electric light

José Edgar Pérez Muñoz

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.

Egresado por la Facultad de Filosofía y Letras

Licenciado en Historia

eddyperéz.m95@gmail.com

Había caído la noche, el cielo estaba plagado por nubes que no permitían ver la luna y su tenue brillo, la oscuridad en las calles apenas retrocedía a la luz de los faroles alimentados por trementina. El comisionado de alumbrado de la capital poblana, don Estevan Machorro, miraba el panorama mientras volvía a casa con su esposa después de cenar con el gobernador y el presidente municipal. No podía dejar de pensar en lo inseguro que era salir cuando el sol se ocultaba, los robos a comercios y asaltos por parte de los malvivientes que escapaban amparados por las tinieblas eran comunes, así como el riesgo de tropezar por los empedrados en mal estado, además, entre las clases menesterosas corrían historias de boca en boca sobre seres sobrenaturales que aparecían deambulando y robaban el alma a los desafortunados transeúntes que por alguna urgente necesidad dejaban sus hogares.

«Pero eso está por terminar» se dijo, pues ese día, don Andrés Fenocho, el representante de la Compañía Anónima de Alumbrado Eléctrico, en reunión con el gobernador, Rosendo Márquez, les había informado con agrado que el nuevo sistema lumínico estaba listo para estrenarse en tan solo cinco días, es decir, el próximo miércoles 26 de marzo. Sin embargo, don Rosendo decidió que se aplazara un poco hasta el 2 de abril para conmemorar la victoria en 1867 del ahora presidente de la república, Porfirio Díaz, cuando tomó por asalto a la ciudad de Puebla, que por entonces estaba en manos de los conservadores y las últimas fuerzas imperiales de Maximiliano de Habsburgo.

Entraron a su casa y se prepararon para dormir, aunque Estevan apenas pudo cerrar los ojos, estaba ansioso por ver los resultados de su esfuerzo, pues desde que ocupó



el cargo de comisionado de alumbrado el año anterior, hasta el actual 1888, no había parado de trabajar en modernizar las luminarias.

«Mi nombre quedará grabado en la historia de la ciudad» pensó, ya que él entabló conversaciones con diversas personas interesadas en la concesión del servicio de alumbrado y logró concretar un trato seguro con don Manuel Cuevas, don Sebastián Benito de Mier, y algunos otros empresarios quienes rápidamente pusieron manos a la obra. Como resultado, se obtuvo la construcción de la planta hidroeléctrica Echeverría a las orillas del río Atoyac, a catorce kilómetros al sur de la capital poblana; en el país no había otra igual y en el continente americano sólo existía otra similar en Massachusetts, en los Estados Unidos. Se levantó de la cama y miró por su balcón, ahí estaban los postes que sostenían los focos esperando ser encendidos.

— Uno solo de esos focos es tan potente como mil velas según las mediciones que pudieran hacerse con un fotómetro. — Recordó las palabras de su colega, el joven Carlos Revilla, que ocupaba el cargo de ingeniero de la ciudad.

Sabía que la luz eléctrica era el triunfo del progreso, gracias a esa tecnología el ser humano estaba dominando a la naturaleza y regulando las conductas de la sociedad. Desde hacía algunos años había viajado en algunas ocasiones a varias ciudades de Europa, vio los resultados en París, Berlín y Londres; las personas continuamente inundaban las calles, la vida social se había expandido a horas nocturnas y la criminalidad parecía disminuir a la vez que la policía podía vigilar mejor las calles. Estaba seguro de que gracias a esto Puebla realmente sería una ciudad moderna, pues no bastaban las obras puestas en marcha por el municipio para renovar la imagen urbana con nuevas edificaciones, la restauración de otras, los nuevos empedrados, ni los equipamientos de parques y plazas con áreas verdes, si de hecho no se usaban una vez oscurecido por la inseguridad.

Tan sólo recordó que, hacía unos días, una crónica de *El Demócrata* decía que la plaza tenía tan pocos los faroles que sus luces servían sólo para hacer más visibles las tinieblas. Y en *La República* se comentaban cosas peores, encendió una vela y levantó un ejemplar, leyó que en la noche por el centro del jardín del zócalo no faltaban escenas de pasión y lujuria. Miró de nuevo hacia la calle y notó que los faroles empezaban a apagarse, mientras un sereno o farolero iba acercándose con su escalera para subir a llenarlos con combustible, decidió volver a la cama y sin darse cuenta se durmió.



Rápidamente pasaron los días y llegó el tan ansiado 2 de abril, por la mañana todo el personal del ayuntamiento se reunió en la plaza principal para presenciar cómo se izaba la bandera y se entonaba el himno nacional, se decían discursos en honor de don Porfirio Díaz, sus heroicas hazañas en el pasado y el rumbo del progreso en que encaminaba al país. Estevan, por su parte, anhelaba que llegara el atardecer, no podía evitar ver al personal de la compañía de luz que revisaba los últimos detalles en los postes y el cableado. Una vez dentro del Palacio Municipal se empezaron las sesiones y en un abrir y cerrar de ojos el sol empezaba a ponerse. La gente, enterada del acontecimiento que estaba por ocurrir, abarrotaba el zócalo, todas las clases sociales inundaban las calles. Apenas el reloj marcó las siete, la fachada del Palacio se iluminó al igual que uno de los salones donde se daría una cena por la noche. Estevan se sentía muy emocionado, sus manos sudaban y el corazón latía fuerte y rápido.

— Esto es sólo el comienzo — susurró. El tiempo pareció detenerse. Se encaminó hacia el balcón del Palacio donde ya estaba el gobernador esperando y saludando a la gente en la plaza. De pronto todos los focos se encendieron, eran justamente las siete y media. La multitud en la plaza lanzó gritos de alegría ante tal acontecimiento, las campanas de la catedral repicaron y una banda de música tocó el himno nacional, los presentes vitoreaban a don Porfirio y a don Rosendo, pues era un logro espléndido; Puebla se convertía en una de las cinco primeras ciudades en México en tener un sistema lumínico así.

Eran apenas cien focos en las calles más inmediatas al zócalo, pero, de hecho, a Estevan le parecían diez mil. Todo el entorno le recordó la noche del 15 de septiembre de 1881 en la capital del país, cuando se estrenaron apenas unas contadas lámparas en la avenida Plateros y La Alameda, ahora Puebla había logrado igualar esa hazaña, por eso los poblanos consideraban a la ciudad de Los Ángeles como la segunda más importante del país. Esa noche el gobernador, los miembros del ayuntamiento y los dueños de la compañía de luz cenaron en uno de los salones del edificio municipal.

Sin embargo, la alegría de Estevan duró muy poco, apenas unos días más tarde, el 6 de abril, hubo un apagón en la parte sur de la ciudad y en los meses siguientes la policía reportó que constantemente se apagaban los focos por falta de flujo en diversas calles. Lo peor ocurrió la noche del 7 de septiembre, cuando una lluvia torrencial provocó una subida de corriente en el río Atoyac que inundó la planta generadora dañando los



Dinamos, desde ese momento la iluminación en las vialidades regresó a los faroles de trementina hasta diciembre. Las dificultades no pararon, había varios reportes de que los postes que sostenían el cableado eran utilizados por ladrones para trepar a las paredes y los balcones de las casas y comercios para entrar a hurtar.

Además, conforme pasó el tiempo, se presentaron casos de robos de focos por las noches, los cuales no se detenían a pesar de que el ayuntamiento había redoblado el número de gendarmes en la plaza. «¿Cómo es posible que el mismo progreso destinado a evitar el crimen sea víctima de la criminalidad?» se preguntaba Estevan constantemente.

En relación con esto, empezaron a haber casos de robo del flujo eléctrico por personas que colocaban “diablitos” para usar la energía dentro de sus casas, comprando lámparas en el mercado negro, pues eran más baratos que en los almacenes, siendo algunos empresarios que se dedicaban a la distribución de material eléctrico, quienes compraban de forma ilícita los aparatos hurtados para revenderlo. Un día, su colega, el comisionado de policía, don Héctor Rangel, llegó al Palacio Municipal muy agitado.

— Tienes que acompañarme, rápido, tengo algo urgente que mostrarte — le dijo a Estevan, quien, viendo su rostro preocupado, sólo se levantó y caminó rápidamente junto a él.

Salieron y cruzaron la calle, entraron al Hotel América donde había ya varios policías, subieron por las escaleras e ingresaron a una habitación donde se encontraba un cable que venía de fuera por el balcón.

— Al parecer varios de los focos que encienden en el hotel usan la energía tomada del poste que está afuera —le dijo Héctor—. Todo indica que hicieron la conexión aprovechando que el cable de la compañía está a sólo unos centímetros de la ventana y lo ocultaron usando un par de sarapes colgados —le explicó—. Desde hace varios días noté las prendas, pero no pensé que escondiera un robo como este. Esta mañana envié a dos policías a retirarlos y se encontraron con que había una instalación extraña, así que corrieron a llamarme —prosiguió.

Esa tarde se dirigió a las oficinas de la compañía para informarle la situación a Andrés, quien le prometió mandar a sus electricistas a hacer una revisión en todo el cableado de la ciudad.



— Por favor, Andrés, tienes que evitar que la energía sea usada para otros fines que no sea alumbrar las vialidades —dijo Estevan, teniendo en mente que al año el ayuntamiento pagaría veinticinco mil pesos, una cantidad exorbitante y de hecho era el 20 % del gasto municipal, siendo por mucho el ramo más caro de la ciudad.

Desgraciadamente, el dueño del hotel sólo recibió una multa, debido a que no había precedentes de cómo la ley debía sancionar el robo de algo que no puede verse ni tocarse. A pesar de esto, Estevan se quedó más tranquilo cuando vio al personal recorriendo las calles, buscando cables que entraran a las casas, de esa forma se localizaron numerosas instalaciones ilícitas en numerosos comercios y residencias, incluso de personas respetables.

También le llegó otra noticia extraña, una joven de una familia acomodada había caído al suelo inconsciente justo frente al enrejado de la catedral, según testigos nadie se había acercado a ella así que se descartaba algún asalto. Fue llevada al hospital y más tarde dijo que había sentido un calambre en su pie mientras pasaba junto al poste y después no recordaba más. La policía no tardó en reportar que uno de los cables que sostenía ese poste estaban tirados en el suelo, cuando el ingeniero Carlos Revilla se presentó en la escena confirmó lo que ya se sospechaba: la joven había sufrido una electrocución al tener contacto con un cable *pelado*.

Lo peor ocurrió cuando intentaron fugarse diez presos de la penitenciaría en plena noche, el director del lugar había reportado que, aprovechando la oscuridad entre lámpara y lámpara, lograron salir de sus celdas, los guardias se habían confiado y sólo vigilaban a los lugares donde había luz, dejando sin cuidar las partes más oscuras. Al percatarse de la huida empezó la persecución y lograron aprehender a todos, pero los reos habían logrado llegar casi al centro de la población intentando ocultarse en algún edificio, la población no pudo evitar notarlo y, apenas amaneció, los periódicos publicaron lo ocurrido, provocando un gran alboroto entre la sociedad. El gobernador estaba al tanto y muy molesto, exigía al ayuntamiento tomar las medidas necesarias para que todas las esas desafortunadas situaciones se detuvieran, ya que muchos empezaban a cuestionar si en verdad la luz eléctrica tenía una verdadera utilidad.

Una tarde, al salir del Palacio Municipal, Estevan decidió caminar por la plaza principal, se sentía un poco preocupado por las situaciones que se presentaban, se sentó en una de las nuevas bancas metálicas que se habían colocado para hermostear el lugar,



junto había un poste que sostenía dos lámparas con hermosos globos de cristal, sacó de entre sus ropas un cuaderno, lo abrió y vio línea tras línea de texto. Cuando levantó la mirada ya había oscurecido y vio que se acercaba su amigo, el ingeniero y catedrático del Colegio del Estado, Benigno, quien le dijo:

— He oído que se han tenido problemas con la energía eléctrica.

— Creí que sería un éxito el nuevo alumbrado, pero ha traído consecuencias que no esperaba —respondió Estevan.

Benigno se rió.

— Claro que hay consecuencias —dijo mientras se sentaba—. Esta tecnología y sus efectos apenas empiezan a estudiarse, hay muchos que no le ven utilidad, se le considera un lujo, pero hay otros visionarios que continúan investigándola, pues está en pañales la energía eléctrica.

— Lo sé, pero en las capitales europeas no recuerdo haber visto ninguna situación negativa —dijo Estevan—. Sin embargo, me dejé entusiasmar demasiado, sin darme cuenta de que vi solo lo que se quiere mostrar en las ciudades modernas, las que pasaron por un proceso de prueba y error para continuar perfeccionando los usos de la luz eléctrica. He investigado y en París y Berlín se han presentado situaciones similares a las que han ocurrido aquí, desde mal uso del mobiliario eléctrico hasta personas que han perdido la vida por electrocución. En Londres incluso no se la ha adoptado a gran escala, solo en puntos estratégicos, pues es demasiado cara y el alumbrado de gas de carbón es muy barato y eficiente por las reservas que hay de ese mineral en ese país. De hecho —prosiguió—, hay quien se cuestiona si no fomenta la criminalidad, sin embargo, estoy seguro de que la policía, los funcionarios y la sociedad se acostumbrarán a convivir con ella. Verás que la luz y los múltiples usos de la energía eléctrica serán adoptados por nuestra ciudad y llegará un día en que no imaginemos la vida sin estos beneficios, especialmente la seguridad que da caminar por las calles sabiendo que hay una iluminación buena, incluso *alumbrado eficiente* se volverá sinónimo de *seguridad* para los transeúntes, y su ausencia provocará miedo e inseguridad. Además, se deberán crear leyes y reglamentos para regularlo, así como sanciones para quien le dé un mal uso, ya que en este momento no existen —Estevan levantó su cuaderno y se lo mostró a Benigno, quien leyó—. Proyecto de sanciones en caso de robo de flujo eléctrico.



— Por ahora solo podemos imponer multas, aunque aún falta la aprobación en sesión de cabildo, he hablado con otros compañeros regidores y con el representante de la empresa. Se está trabajando en vigilar toda la infraestructura para evitar más robos y accidentes. El ayuntamiento ha contratado a dos electricistas que ayudarán a la policía, que cada vez es más numerosa y tiene mejor equipo para patrullar durante las noches, lo que evitará, espero, más robos de lámparas.

Pasados muchos años, Estevan caminaba por la plaza principal al atardecer, todo estaba listo para celebrar el Centenario de la consumación de la Independencia, se detuvo a observar cómo millares y millares de focos se iban encendiendo desde el centro hasta la periferia de la urbe, no sólo del alumbrado público, sino también de los comercios y las casas, muchas de las fachadas estaban tachonadas de lámparas, incluso las torres de la catedral que habían sido las últimas en encenderse. Los automóviles y el tranvía también tenían linternas que ayudaban a ver su proximidad una vez oscurecido.

Pero no sólo en la vida pública estaba presente la electricidad, también en la vida dentro de los hogares, Estevan lo sabía muy bien, pues en su casa tenía calentadores, estufas, planchas y lámparas diseñadas para cada rincón, además de un radio que acababa de adquirir. Esa noche vio cómo la gente inundaba las calles para el festejo, se dio cuenta que la vida social había crecido, la luz había permitido socializar sin importar que anoheciera; con el alumbrado la gente ya no temía salir a las vías públicas a divertirse en los, billares, cines, cafeterías y centros de baile, además los gendarmes ya recorrían las vialidades en automóviles de día y de noche aprovechando las linternas de los coches, o a pie con pequeñas lámparas en mano, tratando de impedir robos y conductas inapropiadas. Se sintió orgulloso de ver a la ciudad con tales resplandores, y de sí mismo, pues él había ayudado a introducir la luz eléctrica, sintiendo que su nombre ahora era parte de la historia de la urbe.